

**BENEDETTI: CRITICO COMPROMETIDO
DE NUESTRA AMERICA MESTIZA***

Tomás G. Escajadillo

Mario Benedetti, quizás el más polifacético, prolífico y versátil de los escritores de *Nuestra América* —y ciertamente uno de los más importantes del último cuarto de siglo— reúne en este volumen artículos de crítica literaria publicados entre 1950 y 1970, seleccionados de cuatro volúmenes publicados en este período (*Literatura uruguaya siglo XX*, 1963 y 1970; *Letras del continente mestizo*, 1967, 1969 y 1973; *Sobre artes y oficios*, 1968 y *Crítica cómplice*, 1970). De esta manera el presente volumen, *El ejercicio del criterio* (título prestado del “inagotable Martí”) pone al alcance de un público amplio latinoamericano textos que yacían en tanto olvidados —pese a su no desdeñable aparición en compilaciones “académicas” sobre textos críticos acerca de nuestras literaturas— en ediciones un tanto “provincianas” —uruguayas, por ejemplo. Era necesaria esta antología, especialmente porque las reflexiones críticas posteriores al período (1950-70) de Benedetti se habían publicado en editoriales de mayor difusión en el ámbito hispanoamericano: *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, 1974: 4ta. ed. México, Nueva Imagen, 1980; *El recurso del supremo patriarca*, México, Nueva Imagen, 1979.

Hace más de treinta años que Benedetti publicó un ensayo que lo revela como uno de los críticos capitales de nuestras literaturas: “Los temas del novelista hispanoamericano” (*En: Número*, Montevideo, II, Nos. 10-11, 1950), ampliamente antologado y reproducido (por ejemplo en las cinco ediciones —¿existen más, después de Pinochet?— de *La novela hispanoamericana*, de Juan Loveluck) en diversos lugares. Desde entonces no ha dejado de ser una presencia crucial en la discusión de los problemas de la cultura y de la literatura de *Nuestra América*. En *Letras del continente mestizo* Benedetti explicita su homenaje a ese fundador de la crítica literaria chilena e hispanoamericana que fue don Ricardo Latcham, de quien pide prestado el título del volumen; quizás no imaginó que él también —M.B.— sería, con el tiempo, uno de los críticos fundamentales de nuestras letras. Sólo que no debemos olvidar que Benedetti es, además de uno de los primeros críticos de este *continente mestizo*, un importante poeta y uno de los principales narradores de los últimos 30 años.

(*) A propósito de la aparición de (M.B.): *El ejercicio del criterio*. México, Editorial Nueva Imagen, 1981, 306 págs.

La alusión a don Ricardo Latcham puede resultar especialmente significativa. *El ejercicio del criterio* contiene textos referentes a tres grupos de temas: autores hispanoamericanos (especialmente narradores); “los problemas de la crítica y la situación del escritor en América Latina”; autores extranjeros (europeos y norteamericanos), especialmente los que incidieron en la formación y lecturas de los escritores de su generación. Dentro del primer grupo habría que subrayar la lógica predilección por los autores uruguayos contemporáneos (que motivaron el libro *Literatura uruguaya siglo XX*, 1963). Pues bien, una similar trayectoria y preferencias y afinidades tuvo el maestro Latcham (quien se emparenta con Benedetti, además, por una misma definición socialista, una misma preocupación por la suerte de los desvalidos de nuestro *continente mestizo*): el crítico chileno —quien, por lo demás viviera en Uruguay un tiempo y publicó (*La Nación*, Santiago, 9-2-1964) un elogioso comentario a *Literatura uruguaya siglo XX*— sentó cátedra durante largos años comentando obras y fenómenos de escritores latinoamericanos, especialmente los contemporáneos y de preferencia narradores (*12 ensayos*, 1944; *Antología del cuento hispanoamericano*, 1958; *Carnet crítico*, 1962); se preocupó por los problemas de la crítica y las meditaciones generales sobre nuestras letras (nuevamente destaca su interés por la prosa de ficción: *Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela*, 1958; finalmente, su preocupación por las literaturas extranjeras lo llevó a publicar la extensa y documentada *Antología de escritores contemporáneos de los Estados Unidos*, 1945. Igualmente, así como Benedetti no puede —no debe— evitar un comentario especial y frecuente de las letras de su país, Uruguay, Latcham dedicó a la literatura chilena largas horas de vigilia y meditación: *Escalpelo*, 1925; *Manuel Rodríguez, el Guerrillero*, 1932 (un libro literario, a pesar de su tema aparente); *Estampas del Nuevo Extremeno*, 1941 (antología preparada con ocasión del 4to. Centenario de la fundación de Santiago); en parte los *12 ensayos*, 1944; *Blest Gana y la novela realista*, 1959. Para terminar: remitimos al lector a la excelente *Antología* de Ricardo A. Latcham, subtitulada “Crónica de varia lección” (Selección y Prólogo de Alfonso Calderón y Pedro Lastra. Santiago, Zig-Zag, 1965).

La sección más numerosa de *El ejercicio del criterio* está compuesta por aquellos comentarios referidos a escritores latinoamericanos (especialmente, insistimos, narradores), que, a juicio de Benedetti, conservan cierta validez a pesar de los años transcurridos desde que fueran escritos; por ello “*Mi prado, un continente*” (que implica una *selección* de trabajos “reunidos bajo la transparente cita del Che”, proveniente de un conjunto de textos mucho más abultado), no intenta representar una evaluación sincrónica del último momento de las letras del *continente mestizo*, sino más bien los trabajos y reflexiones (la “*varia lección*”, diría yo) de Benedetti al respecto durante 1950-70. Como dice el autor de *Gracias por el fuego*: “He tratado de rescatar en esta recopilación aquellos análisis y aproximaciones que, según entiendo, todavía hoy pueden aportar algo, aunque sea módico, a la valoración de algunos escritores de importancia innegable. Admito que en esta operación he dado preferencia a narradores y poetas latino-

americanos, no sólo porque a partir de 1960 he centrado en ellos mi atención crítica, sino también porque creo que nuestra literatura es cada vez más rica e incitante.” (p. 13). Así, esta sección (la tercera y última del libro) examina la obra de Rubén Darío, Vallejo, Neruda, Borges, Felisberto Hernández, Onetti, Cortázar, Roa Bastos, Martínez Moreno, Rulfo, Claribel Alegría, Eliseo Diego, Idea Vilariño, Carlos Maggi, Cardenal, Rosario Castellanos, Sergio Galindo, García Márquez, Carlos Fuentes, Fernández Retamar, Vicente Leñero, Vargas Llosa (en orden cronológico). Los artículos conservan el texto original (ocasionalmente se añaden alusiones a otros artículos de Benedetti relativos al mismo tema o autor que se está tratando); en una sola ocasión se inserta una nota para puntualizar algo. Es para hacer una acotación al párrafo final de su texto titulado “Vargas Llosa y su fértil escándalo”, que dice: “En esa limpia correspondencia / “Vargas Llosa sigue siendo fiel a su definida actitud frente al hecho literario, y esa actitud se corresponde con su persona, con su cosmovisión, con su preocupación por la injusticia y su rechazo de todos los dogmas”, p. 305/ se inscriben, por ejemplo, su adhesión a la revolución cubana, su actitud frente al proceso a los escritores Daniel y Siniavski, o su discurso pronunciado en Caracas al recibir el premio Rómulo Gallegos. Pese al rotundo éxito, a los suculentos premios, a la bien ganada fama, Vargas Llosa ha resistido (en su obra, en su vida) a integrarse en ese voraz proceso de frivolidad que tan a menudo suele darse en los escritores latinoamericanos que eligen el exilio europeo; se ha resistido asimismo a inscribir su actitud en eso que ahora llaman, con cerrazón de mala conciencia, “desligadura de lo intersubjetivo” y que no es otra cosa que dar la espalda a la responsabilidad social. Esa esencia humana, vital, es después de todo (para usar, aunque en otro sentido, una terminología grata a Carlos Fuentes) la verdadera *zona sagrada* del escritor latinoamericano, ésa que no es posible resignar sin trivializarse, sin menoscabar en algo la fuerza creadora. Si una demostración faltaba para establecer la importancia de semejante correlación, aquí está la producción literaria de Vargas Llosa (nunca panfletaria, siempre desvelada por la realidad) que apuntala su valor de obra de arte con una sobria, legítima asunción de su ser latinoamericano.” (p. 306). La nota que se adiciona (la única de su tipo en todo el libro) dice lo siguiente: “Este último párrafo, absolutamente válido en 1967, cuando fue escrito, reclamaría en 1980 importantes ajustes, ya que, a partir de 1971, Vargas Llosa dio un radical viraje político, que, entre otras cosas, lo ha convertido en un crítico implacable de la revolución cubana, y tal vez el intelectual más relevante (sólo Borges le podría disputar el rango) de la derecha latinoamericana. Como era de esperar, un cambio ideológico tan violento también se ha reflejado, así sea indirectamente, en su obra posterior a 1971, pero el correspondiente análisis excedería los límites cronológicos de este volumen.” (Id.) Con estas frases se cierra *El ejercicio del criterio*.

Los textos más valiosos de “*Mi prado, un continente*”, la sección más extensa del libro, son, a mi entender, quizás “Juan Carlos Onetti y la aventura del hombre”, “Julio Cortázar, un narrador para lectores cómplices” y el texto que encabeza la sección, “Rubén Darío, Señor de los tristes”, sin olvidar el aludido en-

sayo dedicado al Vargas Llosa de *Los jefes* (1959), *La ciudad y los perros* (1963), *La casa verde* (1966) y *Los cachorros* (1967). En la selección de los textos (espagados, como queda dicho, de cuatro colecciones anteriores), ha primado quizás el criterio aludido de “(tratar) de rescatar (...) aquellos análisis y aproximaciones que, según entiendo, todavía hoy pueden aportar algo, así sea módico, a la valoración de algunos escritores de importancia innegable”. Del mismo tiempo se ha privilegiado a los narradores (lo cual no me parece mal); de *Letras del continente mestizo* (2da. ed. ampliada, Montevideo, Arca, 1969), por ejemplo, se ha eliminado 6 textos sobre poetas y sólo uno sobre un novelista; asimismo, lamentablemente tal decisión (dar más énfasis a las áreas más significativas del quehacer literario hispanoamericano de los últimos decenios: la narrativa y la poesía) ocasiona la eliminación de textos verdaderamente ilustrativos para el lector hispanoamericano que busque un mejor conocimiento de nuestros auténticos valores: me refiero a los textos titulados “Ernesto Sábato como crítico practicante” (sobre *El escritor y sus fantasmas*, 1963) y “Salazar Bondy, un limeño contra la arcadía” (sobre *Lima la horrible*, 1964), en los que el ensayo sobre el oficio y el entorno del escritor hispanoamericano se eleva notoriamente por encima de su habitual medianía. Finalmente digamos que hay un tipo de análisis y reflexiones —predominantemente sobre los narradores hispanoamericanos y sobre la función, destino y responsabilidades del escritor (y más ampliamente, del “intelectual”) de *Nuestra América*— que son recurrentes desde hace largos años en Benedetti. Hemos aludido al que quizás sea el primer texto significativo de este tipo (“Los temas del novelista hispanoamericano”, 1950). Benedetti reelabora, y profundiza y actualiza sin cesar al respecto. Notemos que de *Letras del continente mestizo* conserva los artículos “Ideas y actitudes en circulación” (1963) y “Situación del escritor en América Latina” (1967), que pasan a constituir dos de los tres textos de la primera sección del libro, mientras que los ensayos titulados “Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual” (1968) y “El boom entre dos libertades” (1968), no son reproducidos. En realidad, Mario Benedetti ha aportado nuevas reflexiones sobre lo mismo en los dos libros de ensayos y de crítica literarias más próximos en el tiempo a esta antología que estamos comentando, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, 1974; 4ta. ed. 1980; y *El recurso del supremo patriarca*, 1979.

La primera sección del libro, “*El texto y el contexto*”, está compuesta, como queda consignado, por dos textos provenientes de *Letras del continente mestizo* (de 1963 y 1967), más un ensayo anterior, “¿Qué hacemos con la crítica?”, un refrescante, agudo y ameno texto referente a los avatares del crítico de libros, del crítico “periodístico” que debe producir incesantemente comentarios y reflexiones sintéticos sobre libros que no lo apasionan, sobre obras que le producen bostezos en vez de una cierta exaltación. Es éste el texto más extenso de la sección —aunque quizás los otros sean más representativos de la producción crítica de Benedetti— y es, en cierta medida, una reflexión “provinciana” (pero en el sentido en que Bernard Shaw decía: “Pinta tu aldea si quieres ser universal”): se refiere específicamente a los avatares de un crítico que opera

(operaba) en el Uruguay, un país presentado irónicamente como “la Suiza de América” en aquellos (tan) lejanos tiempos (para lo cual, según ha dicho un ingenioso (Ambrosio Fornet), sólo le faltaba montar una industria de relojes), pero, al mismo tiempo, subrayada por Benedetti en tanto comarca “provinciana” y subdesarrollada culturalmente: “No bien la crítica, en sus diversos órdenes, llegó a adquirir alguna importancia en el panorama cultural de este país, surgió una objeción que durante varios años fue sostenida como un lema por una parte del público y cierta porción de los criticados. La objeción habría podido sintetizarse así: ‘Por distintas razones, la crítica no debe tener, frente al creador o intérprete nacionales, la misma exigencia, la misma severidad, que tiene frente al creador o al intérprete extranjeros.’ Las distintas razones eran, como fácilmente puede imaginarse el lector: la escasez de medios con que el artista nacional cumple su labor, la poca o ninguna resonancia que esa obra tiene en su ámbito social, el singular sacrificio (de tiempo, de energías, incluso de dinero) que implica cualquier actividad artística en un ambiente que, en líneas generales, es considerado hostil o indiferente.” (p. 20) Benedetti examina estas razones, observando que “una mayor tolerancia por parte del crítico frente al hecho artístico nacional, en rigor implicaba una opinión más bien peyorativa con respecto a ese mismo arte uruguayo que se pretendía defender”. (Id.); es decir, que “no es cuestión de ser rey tuerto en el país de los ciegos”. (Id.) Las “distintas razones” para que la crítica sea menos severa con los artistas/autores uruguayos que con sus equivalentes extranjeros son desmenuzadas sistemática y minuciosamente por Benedetti, sin que por ello deje de percibir el peligro contrario: “Claro que, con cierta intermitencia, otro peligro se ha venido insinuando. Al creador o intérpretes nacionales, el crítico no debe exigirle *menos* que al artista extranjero, pero tampoco debe exigirle *más*. A veces llegan a Montevideo un libro determinado, o la obra de un pintor, o una pieza teatral, que han sido precedidas, en Europa o en Estados Unidos, por polémicas sensacionalistas o premios trascendentales. El esnobismo no sólo hace presa de los públicos o los artistas; también los críticos sufren su contagio y a veces concurren a su tarea con unas ganas fervientes de que les guste lo que van a ver, que su presunta objetividad queda hecha añicos.” (p. 21).

La función, avatares y límites de la crítica del arte y la literatura, en las condiciones concretas en que existen en un país subdesarrollado (aunque ostentara, en la fecha en que el ensayo fue escrito, 1961, el un tanto discutiblemente elogioso epíteto de ser “la Suiza de América”) son analizados agudamente en este texto, que al mismo tiempo que es una apuesta porque la crítica se robustezca y desarrolle correctamente entre nosotros, es un diagnóstico y una descripción que no escatima la crítica de nuestro entorno cultural e intelectual, lo que se consigue muchas veces a partir de la ironía y el franco humor: “Si aquella “*Discusión sobre Filosofía del Lenguaje*”, en vez de tener lugar en 1905, entre Vossler y Croce, desde Heidelberg a Perugia y viceversa, se hubiera verificado en Montevideo, en cualquiera de estos últimos años, entre dos intelectuales compatriotas, lo más probable es que estos hubiesen intercambiado acusaciones de pla-

gio, dipsomanía, homosexualismo y estafa. Ninguno de estos epítetos tendría demasiado que ver con la filosofía del lenguaje, pero qué se ya a hacer: ése es el *estilo criollo* de la polémica intelectual” (p. 22). Lo que suena terriblemente latinoamericano (y no meramente uruguayo) todavía veinte años más tarde.

“*El texto y el contexto*” es la sección más importante, aunque la más breve, del libro, por contener el tipo de reflexiones y análisis que van a jalonar insistentemente la producción crítica de Benedetti a lo largo de tres décadas. El segundo texto de la sección, “Ideas y actitudes en circulación” (1963), es una concisa y certera invocación a a que el escritor latinoamericano guarde una coherencia (y vigilancia) entre “las ideas que pone en circulación” y sus actitudes y comportamiento personales; anotando que “el muestrario de frases de Martí, Hostos, Mariátegui, y aún de Rodó, citadas desde todas las tiendas, a menudo aleposa y fragmentariamente, ha enseñado a nuestros escritores, quienes ya no caen en la ingenuidad de poner ideas inermes en circulación” (p. 35). El fenómeno actual (que de 1963 al presente se ha acentuado) que el lector le “pide cuentas de sus promesas” al escritor ha modificado el panorama latinoamericano; por ello concluye Benedetti: “Es en ese nuevo panorama donde la conducta aparece ligada con la obra, sobre todo ante los ojos de un público que mira a ambas simultáneamente. Quizás haya llegado, para el escritor latinoamericano, el momento de entender que la forma más segura de que las ideas que pone en circulación no queden desamparadas frente al malentendido, sea poner al mismo tiempo en circulación sus actitudes” (p. 38). En el tercer ensayo de la sección, “Situación del escritor en América Latina” (1967), prosigue en parte la misma línea de reflexión, apelando constantemente al lamentable e inevitable expediente de citar caso de Borges. Constatando como hecho resaltante que “el escritor latinoamericano va consiguiendo audiencia” (p. 40), examina la responsabilidad social que dicha mayor audiencia acarrea, alineando sus reflexiones junto con las contenidas en *La responsabilidad de los intelectuales* de Chomsky, “puestas en circulación” por aquel entonces, agregando el matiz nuestro de que en Latinoamérica se le pide cuentas a un intelectual, a un escritor, mas no tanto a un político. Quizás el análisis que en este texto hace Benedetti de la situación del escritor en *Nuestra América* pueda quedar ejemplificado con dos rotundas citas sobre Borges: “Creo, eso sí, que Borges tiene desde ya asegurados dos lugares de excepción: uno en la más exigente de las antologías literarias, y otro (para usar su propia terminología) en la historia universal de la infamia. Siempre haré lo posible porque la segunda consideración no invalide la primera; pero también aportaré mi esfuerzo para que la primera no disculpe la segunda” (p. 43); y: “El hecho de que reconozcamos que una obra es genial, no exime de ningún modo a su autor de su responsabilidad como miembro de una comunidad, como integrante de una época. Así como (para no salir del mismo ejemplo ilustrativo) no hay declaración política de Borges, por indigna que parezca, capaz de disminuir las excelencias de *El Aleph*, tampoco hay *Aleph*, por notable que sea, capaz de eximir a Borges de la responsabilidad social que ha contraído con sus semejantes al vocear y publicitar su incondicional apoyo a las más desvergonzadas agresiones del imperio” (pp. 45-46).

La segunda sección del libro, “*Cinco removedores*” (sobre cuatro escritores europeos —Proust, Italo Svevo, Antonio Machado, Günter Grass— y un norteamericano: Faulkner), representa una selección de trabajos sobre una preocupación anterior de Benedetti: tres de los trabajos, los más extensos e importantes (Proust, 1950; Svevo, 1953; Faulkner, 1950), revelan un interés durante la primera mitad de los años cincuenta que luego Benedetti perdió un poco conforme lo va absorbiendo progresivamente América Latina. (Los otros dos textos de la sección, mucho más breves, son más bien comentarios de libros: “Günter Grass y su clarividente redoble” (1964) reseña la aparición de *El tambor de hojalata*, mientras que “Antonio Machado: una conducta en mil páginas” (1965) se refiere a la aparición en 1964, en Buenos Aires, de *Obras: poesía y prosa*, de A.M.). Como dice el propio Benedetti, esta sección “representa en cierto modo una objetiva constancia de cuáles fueron mis afinidades y lecturas (y no sólo mías, también de otros compañeros de generación) en los años cincuenta y algo más. Más adelante, la labor crítica de mi generación y de las que nos siguieron, atendió primordialmente a América Latina, pero eso no impide que hoy reconozcamos y recojamos la lección de rigor y calidad artística que nos brindaron otras literaturas” (pp. 13-14). Obviamente estos conceptos finales están dirigidos a ensayos como los dedicados a Proust, Svevo y Faulkner.

Cae fuera de la órbita de intereses de la *Revista de crítica literaria latinoamericana* un examen detenido de los ensayos dedicados a estos cinco autores. Hagamos, sin embargo, algunas acotaciones finales: los textos sobre Proust y Faulkner son sencillamente excelentes; y algo más: sirven efectivamente como un “prontuario” de lecturas y preferencias generacionales, como un análisis de los escritores —en este caso mayormente novelistas— que posiblemente más influyeron en aquellos años formativos de que así rinde testimonio Benedetti. Sin embargo, todavía es prematura quizás el señalamiento de posibles influencias, como las que señalaría James Irby diez años después en *La influencia de William Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos* (1961). Aunque fuera de los temas que competen a esta nota, quede señalada, también en esta área, la alta competencia y sensibilidad críticas de Benedetti.

Benedetti el crítico y teórico *militante* de la literatura de *Nuestra América* ha adquirido, sostenida y progresivamente a través de los últimos 30 años, una importancia primordial en el contexto latinoamericano: es uno de los voceros más lúcidos de estas disciplinas. Quisiera por ello resaltar que una sección como la de “*El texto y el contexto*” de este libro necesariamente debe enlazarse con una actividad anterior de Benedetti y con porciones de libros posteriores como *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, (1974; 4ta. ed. 1980) y *El recurso del supremo patriarca*, 1979, en tanto analizan, como dice su autor, “los problemas de la crítica y la situación del escritor en América Latina”. Desearía asimismo destacar la (relativamente reciente) aparición de una extensa *Recopilación de textos sobre Mario Benedetti* (Compilación y prólogo de Ambrosio Fornet. La Habana, Casa de las Américas, Serie Valoración Múltiple, 1976), que contiene, entre muchos estudios dedicados a la diversas facetas de

la producción de Benedetti, un acucioso, agudo y por momentos “duro” estudio de Benedetti “El Ensayista”: “La moral de los hechos aclara su palabra”, del panameño Nils Castro, en el que se presta preferente atención a la evolución ideológica de Benedetti, a su progresiva asunción de las causas populares y del socialismo latinoamericano. Allí se examina el pensamiento de Benedetti sobre “los problemas de la crítica y la situación del escritor en América Latina” a lo largo de toda su producción ensayística, a excepción de los textos del libro *El recurso del supremo patriarca* (1979), que es posterior a la *Valoración Múltiple*, que es de 1976 (una buena reseña de *El recurso...*, firmada por José Morales Saravia, puede encontrarse en el No. 12 de esta misma revista). Existe, por lo demás, otro texto colectivo sobre Benedetti que, como explica Fornet, es “complementario” a su *Valoración* (ya que sólo se reproducen dos de los once trabajos de él): el editado por Jorge Ruffinelli con el título de *Mario Benedetti, variaciones críticas* (Montevideo, Libros del Astillero, 1973).

También Ambrosio Fornet, en el importante texto que presenta la *Valoración Múltiple*, incide en subrayar la evolución ideológica de los textos de reflexión de Benedetti (y también de los de ficción): “Desde el punto de vista ideológico la trayectoria del autor es análoga a la de su personaje. Se trata de un proceso ascendente hacia la ideología del proletariado, lo que exige ante todo salir de la “arena movediza” y elegir entre las dos funciones que el capitalismo dependiente reserva a los intelectuales: “Eróstrato o bombero (...), es decir, con el pueblo y por la revolución, o con los explotadores del pueblo y contra la revolución” (p. 20), subrayando asimismo la creciente importancia y significación de las últimas reflexiones de Benedetti: “...Benedetti ha logrado una admirable coherencia entre sus ideas y sus actos, tanto políticos como artísticos, gracias a un compromiso creciente con el pueblo. No es casual que su último libro de ensayos —*El escritor latinoamericano y la revolución posible* (1974)—, sea la más intrépida formulación del tema realizada hasta ahora, un serio aporte sociológico a la estética marxista” (p. 22). Es precisamente este punto último el que cobra cada vez más relevancia en los escritos de Benedetti sobre “los problemas de la crítica y la situación del escritor en América Latina”: verdaderamente el autor de *Montevideanos*, además de ser uno de los narradores “claves” del último cuarto de siglo, resulta uno de los intérpretes más lúcidos y, por momentos, más profundos y lacerantes, del papel que juegan los escritores y los críticos literarios en *Nuestra América mestiza*, como lo siguen confirmando textos de este tipo posteriores a su último libro sobre estos temas, *El recurso del supremo patriarca* (por ejemplo el titulado “La cultura del hombre de acción y la creación intelectual”, publicado en *Texto crítico* No. 14. Revista del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana, Año V, julio-set. 1979).

He subrayado a lo largo de estas páginas el término “*Nuestra América*” en su relación con Benedetti y su quehacer crítico (que es la faceta de su múltiple e importante presencia en las letras hispanoamericanas contemporáneas que nos ha interesado en la presente oportunidad), para destacar su indudable —y explí-

cita— filiación martiana. Igualmente, he consignado los vínculos del autor de *La tregua* con un insigne crítico “profesional” como don Ricardo Latcham, a través de un común interés preferencial por las *Letras del continente mestizo* (el título del volumen de ensayos así denominados por Benedetti, es, según propia declaración, en buena parte “un homenaje a don Ricardo Latcham”; así como *El ejercicio del criterio* es “un título encontrado en el inagotable Martí” y “*Mi prado, un continente*”, la sección más extensa de este último libro, está compuesta por “21 trabajos reunidos bajo la transparente cita del Che”). Me resta vincular, como lo hace Nils Castro, el quehacer crítico de Benedetti con aquél de José Carlos Mariátegui —un gran crítico literario (en el tiempo que le dejaban libre sus tareas en tanto “el primer marxista de América”), que no se consideraba a sí mismo un crítico “profesional” y que sentía cierto horror por el calificativo de “académico”—, en cuanto a una misma profesión de fe, una semejante *arte crítica*: la que queda privilegiadamente evidenciada en la siguiente (y famosa) cita (que vengo consignando desde hace bastante tiempo), que es tan rica en matices y definiciones que casi todo el mundo tiene su propia “selección”; la mía, que paso a consignar, no coincide, por ejemplo, sino en una parte pequeña con la de Nils Castro: “Mi crítica renuncia a ser imparcial, si la verdadera crítica puede serlo, cosa que no creo absolutamente (...) Declaro, sin escrúpulo, que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas (...) Pero esto no quiere decir que considere el fenómeno literario o artístico desde puntos de vista extra-estéticos, sino que mi concepción estética se unifica, en la intimidad de mi conciencia, con mis concepciones morales, políticas y religiosas, y que, sin dejar de ser concepción estrictamente estética, no puede operar independiente o diversamente” (J.C.M.: *7 ensayos...* (1928), cito por 3era. ed. Lima, Empresa Editora Amauta, 1952, pp. 243-244).